



Diego Lorca (izquierda) y Pako Merino en *Distancia en siete minutos*.

teatro

Un arrojado viaje interior

DISTANCIA SIETE MINUTOS

Autores, intérpretes y directores: Pako Merino y Diego Lorca. Sonido: Jonatan Bernabeu. Escenografía: Jordi Soler i Prim. Luz: Miguel Muñoz. Compañía: Titzina Teatre. Teatro de La Abadía. Hasta el 19 de enero.

JAVIER VALLEJO, **Madrid**

Una imaginativa *road movie* interior sobre la centralidad que a la postre tienen en nuestras vidas la familia y los acontecimientos domésticos, y sobre la imposibilidad de construirse un futuro sin dilucidar esas zonas oscuras del pasado sobre las que pesa un silencio tácito. Siguiendo el modelo dramático desarrollado por Simon McBurney y su Théâtre de Complicité en *Mnemonic* (espectáculo sobre la memoria personal y la memoria antropológica), Pako Merino y Diego Lorca, pilares de Titzina Teatre, crean un espectáculo en el que la historia de Félix, juez joven obligado a volver a la casa paterna tras descubrirse en la

suya una voraz plaga de termitas, corre en paralelo con la de la *Curiosity*, misión arbitrada por la NASA para determinar si hubo vida en Marte y preparar el terreno a su exploración. Mediante secuencias cuasi cinematográficas, con fino sentido del humor y una interpretación precisa, expresiva y contenida, el espectáculo expone el enigma de la incomunicación palmaria entre Félix y sus padres (simbolizada por las termitas que socavaron en silencio las vigas de su casa mientras él se consagraba a un trabajo absorbente) con una poesía delicada y una fértil economía de medios cuyos detalles vuelven a recordarnos, en formato de bolsillo, el trabajo impecable de compañías como Complicité o la de Robert Lepage: en la escena del televisor, por ejemplo. Pero mientras que en *Mnemonic* ese viaje hacia el pasado propio y las raíces familiares confluye con un viaje al pasado remoto (y la historia personal desemboca en la Historia con mayúscula), la

peripecia de Félix y la de la misión de la NASA transcurren en paralelo, sin que una llegue a fertilizar de veras a la otra, quizá porque llevar a buen fin una fábula con principio, nudo y desenlace sobre un tema de tanto calado exige una pericia dramática mayor que la que requirió *Exitus*, esas maravillosas variaciones en torno al punto final de la vida que Pako Merino y Diego Lorca trenzaron hará dos años.

El Félix de Lorca transmite densidad anímica, escepticismo esperanzado y una vulnerabilidad en franca tensión con su apariencia imperturbable. Pako Merino encarna con humor soterrado a una sucesión de personajes efímeros compuestos al instante con destreza y a ese padre implacable consigo y con todos. La luz de Miguel Muñoz ciñe aún más la poética de lo mínimo de Titzina y, puestos a ceñir, cabría aligerar la prolongada secuencia costumbrista en la que se abre al público la puerta de la sala de juicios.